

Durante estos diversos movimientos de su línea de batalla, y las vicisitudes de tantos combates distintos, Dumouriez, lleno de confianza en su principal cuerpo de batalla, que veía lanzado é inmediato á la primera fila de los reductos del centro, corrió de nuevo hácia dende estaba Beurnonville.

De los cinco reductos que flanqueaban las alturas de Cuesmes, solo habian sido tomados dos á su vista aquella mañana por el denuedo de Dampierre. Pero el duque de Sajonia Teschen, habia reunido sus mejores batallones húngaros y sus escuadrones de caballería de línea en la cumbre y á la espalda de la meseta, que dominaba los otros tres reductos. Esta posición que cubría á la vez la cabeza de su línea y la comunicación con la ciudad de Mons, era la llave de la victoria ó de la derrota. Latour, Beaulieu; sus mejores generales y mas valientes soldados la defendían, estando allí el nervio de su ejército; Dumouriez lo habia comprendido, y volvía con inquietud; en el momento en que llegaba de nuevo, algunos oficiales de ordenanza consternados por la indecisión y decadencia de su cuerpo de batalla, le llevaban la triste noticia de la derrota de sus tres brigadas en el bosque de Flenu. El mismo Dumouriez colocando su caballo sobre un teso, y contemplando un momento la inflexión de su línea y los cascos de la numerosa caballería de Clairfayt que brillaban al sol en la llanura, esperiméntó una de aquellas dudas mortales, que colocan al guerrero, entre una prudencia humillante y una temeraria obstinación. Conoció la necesidad de replegar sus dos alas medio victoriosas para unir las á un centro que ya no las sostenía, y bajó del teso al paso, con la cabeza inclinada, pensativo y resuelto á mandar la retirada.

Se leía en su rostro lo que costaba á su alma esta resolución. La revolución y él tenían igual necesidad de una victoria. Era el primer fuego que nuestros batallones veían desde la triste guerra de los Siete Años, porque Valmy solo habia sido un cañoneo heroico; era la primera ocasión de reconquistar á su patria esa fama de superioridad militar que vale mucho mas que un ejército en la fuerza de las naciones, y la primera batalla en línea que daba él mismo. Hasta entonces solo habia sido un táctico prudente, pero no general victorioso. Los jacobinos y la Convención, tenían en aquel momento suspenso sobre su cabeza la corona del triunfador ó la hacha de la guillotina: la fama que adquiriese ó perdiere aquel día, era la que iba á hacer caer una ú otra sobre su nombre. No se le pediría cuenta de algunos miles de vidas preservadas ó perdidas por su prudencia ó por su temeridad; pero sí de la reputación del ejército francés, y del entusiasmo de la revolución que iba á dejar escapar con la victoria.

Conoció Dumouriez que le convenia morir antes que su gloria, porque no sobreviviría á las consecuencias de una derrota ó de una retirada ante generales celosos, los jacobinos sospechosos y la Convención humillada. Metió espuelas al caballo y se lanza sobre la meseta de Cuesmes, donde todo estaba inmóvil frente la formidable línea de infantería y de caballería imperial que coronaba con sus batallones y sus escuadrones, como ya hemos visto, la cumbre de los reductos. Ningun general mandaba allí en aquel momento; Dampierre herido, fué á descansar un poco y á curar su herida. Beurnonville, comandante en gefe en el extremo derecho, tenía junto á sí las brigadas prontas á ir al socorro de los batallones cargados por los austriacos: era una de aquellas horas en que la incertidumbre mútua de los dos campamentos hace dudar y como respirar á las batallas.

Las primeras tropas que encontró Dumouriez, eran

dos brigadas de infantería compuestas de tres batallones de aquellos jóvenes hijos de París, que aun parecía jugaban con la muerte, y de cuatro mil soldados veteranos de su antiguo campamento de Maulde, muy acostumbrados á su genio y que estaban fanáticamente unidos á él como los hijos de su fortuna. La casualidad se los presentó á tiempo en la crisis de su fama y de su vida.

Apenas ven á su general, aquellos soldados intimidados se levantan, hacen sonar las culatas de sus fusiles en tierra, agitan sus sombreros en el aire y gritan: ¡Viva Dumouriez! ¡Viva nuestro padre! Su entusiasmo se comunica á los batallones de los hijos de París. El general conmovido, pasa, llamando á los soldados por su nombre, al frente de las dos brigadas, y jura que los conduce á la victoria, y ellos prometen seguirle. Diez escuadrones de caballería francesa, húsares, dragones y cazadores, separados de tiempo en tiempo por las balas de cañon de los redutos; estaban formados en batalla á algunos pasos, en un ángulo que formaba el terreno. Dumouriez corre á ponerse á la cabeza de aquellos agitados escuadrones; envía á su ayudante de campo de confianza, Felipe de Vaux, para que apresure la carga de Beurnonville, anunciándole que el general en jefe se está batiendo. Reconocen los austriacos á Dumouriez por el movimiento que notan en torno suyo, en el entusiasmo y en los gritos de los franceses; y envían desde el alto, al galope toda una division de dragones imperiales para disolver y acabar con aquel centro. Los soldados del campamento de Maulde, inmóviles, como tropas en revista, colocan en medio de ellos los batallones de París; esperan á diez pasos la carga de aquella masa de dragones, apuntan al pecho y á la cabeza de los caballos, derriban á mas de doscientos, que ruedan y espiran con sus ginetes al pie de los batallones. Protegidos por esta muralla de cadáveres, las dos brigadas hacen fuego á los escuadrones á medida que estos se dirigen al galope al abrigo del suyo. Dumouriez

á la cabeza de diez escuadrones franceses, envía los húsares de Berchiny, que acuchillan los ya diezmados dragones. Esta masa de caballería austriaca huye al fin en desorden hácia el camino de Mons, y conmueve con el espectáculo de su derrota, la columna de infantería húngara. Beurnonville llega con su reserva al paso de ataque; reemplaza á los austriacos sobre la meseta, que acaban de abandonar, y Dumouriez tranquilo por aquella parte se apea en medio de sus soldados, que le reciben con aclamaciones entre sus brazos. Forma una columna de aquellas dos brigadas; une á ellas el regimiento de cazadores á caballo mandado por uno de los hermanos Frescheville; los húsares de Chamborand que manda el otro hermano, ambos intrépidos en las cargas de lanza; reúne el regimiento de húsares de Berchiny, formado en nuestras antiguas guerras de aventureros húngaros cuyo solo nombre inspiraba el terror y ocasionaba la fuga en todas las guerras de la revolucion, al mando del coronel Nordmann, y entona el himno de los marseleses, repetido por todo su estado mayor, reforzado por las mil y quinientas voces de los hijos de París.

La columna, al oír este cántico, que sobrepaja al ruido del cañon é inspira el delirio á los soldados y aun á los caballos, se pone en movimiento y se precipita á la bayoneta sobre los redutos. Los artilleros húngaros solo tienen tiempo para descargar sus piezas á metralla sobre la cabeza de las columnas: los voluntarios y los soldados para escalar los redutos, pasan por encima de los miembros de sus camaradas mutilados, y clavan con sus bayonetas los cuerpos de los húngaros á sus cureñas. En medio del espeso humo de pólvora que rodea aquel estrecho campo de carnicería, apenas se pueden distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta despues de haber sido heridos; aquel humo cubre prodigios de heroísmo por ambas partes. Se batian cuerpo á cuerpo, en medio de un siniestro

silencio tan solo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caían y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada línea de reductos conquistados, cuando los franceses los coronaban con la bandera del batallón. Allí no hubo ni fuga, ni prisioneros; todos los húngaros murieron junto á sus piezas apagadas, y teniendo aun en la mano los pedazos de sus bayonetas y de sus fusiles.

## XL.

Impelido por el entusiasmo de la carga, Beurnonville galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con la masa de su caballería de línea, persiguiendo á la caballería austriaca. Mas soldado que general, se adelantaba de sus escuadrones, y forzaba de tiempo en tiempo los últimos pelotones enemigos á volverse para combatir. Rodeado una vez por un escuadrón de coraceros, todos sus ayudantes de campo caen, y él mismo, derribado de su caballo, de que hace un parapeto, se defiende con trabajo del círculo de sables que se dirigen á su pecho. El teniente de gendarmes de caballería, Lebréteche, seguido de un pelotón de los suyos, antiguos soldados, rompe al galope el escuadrón austriaco, derriba con el pecho de su caballo á los coraceros mas próximos á Beurnonville, y le cubren con su cuerpo, herido al momento, por cuarenta hojas de sable; da tiempo á que llegue el escuadrón francés, y salva á su general ofreciéndose á la muerte por él. Habiéndole conducido inanimado en brazos de sus soldados, Labréteche vivió y combatió todavía.

En el momento en que la columna acometiendo uno de los reductos, desfilaba delante de Dampierre gritando: ¡Viva la república! y como inflamada por un entu-

siasmo que hacia elástico el suelo bajo los pies de los soldados, el general percibió en medio de los voluntarios un anciano con los cabellos blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho «¿Qué tienes, amigo mio? le dijo Dampierre: ¿debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce á la victoria?—¡Oh hijo mio! ¡oh hijo mio! se respondió á sí mismo el anciano combatiente, ¡porque el pensamiento de la vergüenza acibara para mí un momento tan glorioso!...» y contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallón de París, habia desertado su bandera, y que él habia ido al momento á reemplazarle, y para dar su vida en cambio del brazo, de que la cobardía de su hijo habia privado á la nacion. Este rasgo propio de un romano, fué mencionado en las proclamas de Dumouriez á su ejército. Los soldados jóvenes querian ver á aquel veterano, que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.

## XLI.

Apenas triunfaba Dumouriez á su derecha, cuando sin dar tiempo á que la victoria se consolidase en aquel punto, corrió á llevarla al centro, que siempre creia roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores á las órdenes de Frescheville, y marchaba él mismo á todo escape á la cabeza de aquella caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Flenu, cuando vió llegar á galope al duque de Montpensier. Este joven príncipe venia á anunciarle la victoria del duque de Chartres. De allí á poco, Thuvénot le participó el triunfo de su ala izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrecha en sus brazos á aquellos dos mensajeros de su fortuna; un grito de victoria que sale del corazón del general y

del pequeño grupo de sus oficiales de confianza y de sus amigos, se va aumentando repetido por los escuadrones de Frescheville y corre desde Cuesmes á Jemmapes, de boca en boca sobre toda la línea de las alturas, ocupadas ya por los franceses. Las baterías callan; solo se oían cada vez mas los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, debilitándose á medida que se alejaban. Esta fué la hora mas bella de Dumouriez, y tambien la primera de las grandes glorias militares de la Francia; la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en los llanos de Jemmapes.

## XLII.

Dumouriez, que queria y podia sacar todo el resultado de esta jornada, cortando al ejército austriaco el camino de Mons, y arrojándole á los pantanos del Haine, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campos unos tras otros al general d'Harville. Hemos visto que este general mandaba el ejército de Valenciennes. Habia sido colocado por Dumouriez como cuerpo auxiliar y destacado, mas bien que en la línea de batalla, en las alturas de Sibly, cerca de los arrabales de Mons. Dumouriez, vencedor, le hacia apresurarse á atravesar con toda precipitacion el valle que separa á Sibly del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y de este modo cerrar el camino de Mons á los austriacos.

La lentitud del general d'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tiroleeses y de la caballeria austriaca, engañaron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente y amenazando aun, entraron en Mons sin ser perseguidos, y cerraron luego las puertas.

La fama de una victoria y un campo de batalla, fueron las únicas conquistas de Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza de un ejército, que combatia ó vivaqueaba ya hacia cuatro dias, y en fin, la necesidad de alimento, le obligaron á dar dos horas de descanso á las tropas, y se las dió una racion de pan y de aguardiente sobre el campo de batalla. Este alto sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre villas incendiadas, en medio de moribundos y de muertos, durante el que los cánticos de *Za irá* y de la *Marsellesa*, respondian á los ayes de los heridos, ofrecia á la vista de Dumouriez que todo lo recorria, llevando su caballo al paso, el cuadro de sus pérdidas y de su victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar, bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y bastante ambicioso para gozar de él. No habia perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thuvenot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig, le acompañaban á caballo, llorando por los muertos, levantando y consolando á los heridos. Se oía una triple aclamacion al acrecerse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningun herido le reprochaba su sangre; todos los que habian sobrevivido le hacian homenaje de la victoria y de la vida. Las nubes que manchaban el cielo por mañana, rotas y lanzadas á los dos extremos del horizonte por las descargas de la artilleria, dejaban brillar un claro sol de otoño sobre el espacio que cubria el ejército. Espesos copos de humo de pólvora subian aqui y alli, por los flancos de las cuestas entre Cuesmes y Jemmapes. Algunas casas incendiadas por las bombas, y algunos matorrales por los cartuchos, en el bosque de Flence, ardian aun. Treinta ó cuarenta piezas de artilleria abandonadas con sus cajas de municiones cubrian los reductos: cuatro mil cadáveres austriacos y húngaros

estaban tendidos, rodeados de su sangre, en las faldas ó sobre la estremidad avanzada de la meseta de Jemmapes: mil doscientos caballos de la artillería ó de la caballería austriaca acababan de espirar, con la cabeza lánguidamente levantada y la brida pasada aun en el brazo de sus ginetes muertos.

El río Haine y los pantanos que atraviesa, presentaban en todas partes grupos de hombres y de caballos que se agitaban en las aguas ó el fango. Dos mil cadáveres franceses y mas de dos mil caballos, con el pecho ó el costado heridos de bala de cañon, demostraban el destrozo que habian hecho los reductos de los austriacos, en las filas de la artillería y de la caballería francesa, que se les habian acercado por la garganta de las cuevas. Escalones de cadáveres marcaban de distancia en distancia los pasos de los batallones y los intervalos dejados por la muerte entre una y otra descarga: casi todos los golpes que habian herido á los sitiadores eran mortales: solo mil doscientos ó mil quinientos heridos de bala ó sable, habian sido trasportados por sus camaradas á los hospitales de sangre. Los demas habian muerto acribillados por la metralla, ó daban el último suspiro, reconocidos á su general. El entusiasmo que habia animado sus rostros al volar al asalto, respiraba aun en sus fisonomias, siendo triunfal su agonía; murieron contentos, no como soldados inmolados á la ambicion de un general, sino como víctimas ofrecidas por sí mismas, y orgullosos con haber hecho aquel sacrificio á la patria.

Observaron los cirujanos del ejército que el delirio de los que murieron de sus heridas, al día siguiente ó al otro de la batalla en los hospitales de Mons, era un delirio patriótico, que el movimiento del alma que los habia llevado al combate se prolongaba y sobrevivía hasta en su agonía, y que las últimas palabras que pronunciaban casi todos eran algunas estrofas del himno de Rouget de Lisle, y los nombres de patria y de libertad. El

pensamiento de la revolucion se habia personificado en el ejército, y allí se llamaba patria, y si hacia mártires en París, hacia héroes en Jemmapes.

## XLIII.

Al entrar en su tienda Dumouriez, para dar las órdenes del movimiento de avanzar que meditaba, fué detenido por otro cortejo fúnebre. Era el cuerpo del general Drouin, moribundo, á quien sus soldados llevaban en una camilla cubierto con su capisangrientada. Responsable del desorden, que habia comprometido el centro y cambiado por un momento la victoria en derrota, parecia que Drouin reparaba así heroicamente la falta de sus soldados. Se habia ofrecido á la muerte; sus camaradas triunfaban y él iba á morir.

Por parte de los austriacos, los generales, los oficiales y soldados solo abandonaron los atrincheramientos con la vida. No era solo la Bélgica lo que se disputaban los dos ejércitos, sino la reputacion de dos naciones y el prestigio de la primera batalla. Cada combate fué cuerpo á cuerpo; no se acercaron sino al arma blanca, y casi todos los generales austriacos salieron heridos. El baron de Keim, que mandaba los granaderos húngaros, viéndolos dudosos, se hizo matar delante de sus tropas, para que el espectáculo de su muerte animase á sus granaderos á vengarle.

Eran las cuatro de la tarde, y solo le quedaba al día una hora que prestar á los vencedores. El ejército francés se adelantó en masa y ocupó los arrabales de Mons, de donde salieron los austriacos durante la noche, entrando Dumouriez como vencedor al día siguiente. Su presencia hizo estallar en la poblacion el sentimiento de independencia y de fraternidad que fermentaba bajo

los pasos del ejército austriaco en toda la Bélgica. Los magistrados y los habitantes saludaron á la victoria y á la revolucion en el general y el ejército; ofrecieron una corona de encina á Dumouriez y otra á Dampierre, á quien los jacobinos de Mons atribuían tambien una parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se quería dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones subalternas habian, segun él decia, hecho vacilar la victoria. Esta era enteramente suya, porque la habia preparado, conducido y restablecido antes y durante el día. Jemmapes pertenecía á Dumouriez, como la accion pertenece al pensamiento que la ha concebido. Su primera recompensa era vérsela disputar por la envidia, que es la sombra que sigue á los grandes hombres. Hasta la victoria fué amarga para él, y los jacobinos llegaron á serle mas odiosos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## ÍNDICE.

### LIBRO VEINTE Y OCHO.

Págs.

Negociaciones secretas en los ejércitos.—Danton intenta hacerse dueño de la revolucion.—Dumouriez en París.—Se concierda con Danton. . . . . 5

### LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot de Herbois pide la abolicion del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion. . . . . 23

### LIBRO TREINTA.

La república acogida por unanimidad.—Los girondinos en casa de madama Roland.—Acusacion contra Marat.—Apóstrofe de Vergniaud.—Danton.—Robespierre.—Pormenores íntimos.—Escenas tumultuosas.—Marat.—Su retrato.—Rompiamiento entre Danton y los girondinos. . . . . 42